

Pedro José María Chiesa



Amor, soberbia y humildad

Biblioteca
Online

Amor, soberbia y humildad

Pedro José María Chiesa

Amor, soberbia y humildad



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Amor, soberbia y humildad
© Pedro José María Chiesa, 2020
© BibliotecaOnline SL, 2020
Castillo de Fuensaldaña 4
28232 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Diciembre de 2020
ISBN: 978-84-17539-41-2
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: Podiprint
Impreso en España-*Printed in Spain*

A san Josemaría Escrivá

Fundador del Opus Dei

Querido Padre, aún recuerdo como si fuera hoy mismo el día en que te escuché hablar por vez primera. Fue con motivo de la proyección de una filmación de tus tertulias en Argentina. Desde aquel momento tus palabras empezaron a clavarse en mi alma como grabadas a fuego. Tanto aquellas, como las otras que te he escuchado en las mismas circunstancias... o leído y estudiado en tus escritos... o meditado en tantas ocasiones entrañables, determinaron una profunda transformación de mi existencia.

Me movieron a buscar a Dios y seguirlo, y también crearon la trama interior sobre la cual ha ido tomando cuerpo toda mi vida... y desde entonces tus palabras se han grabado en mi corazón. Muchas veces las estuve pensando... o anotando, para poder meditarlas más tarde en el silencio de la oración. Y también las he repetido, a la letra, con ocasión de mi apostolado... por lo que tal vez –¡Dios lo quiera!– hayan llegado a ser algo inseparable de mi persona.

De ti aprendí la práctica devota de la lectura espiritual, a la que di comienzo –por sugerencia de mis papás– leyendo *El valor divino de lo humano*, de don Jesús Urteaga. Y a don Jesús le plagio las palabras de su dedicatoria, por un momento, para hacerte la mía.

Querido Padre, quiero que sepas que escribí este libro, sobre todo, con la limpia ilusión de reproducir lo más fielmente posible algunos aspectos de tu doctrina y tus palabras. Muchas veces hago referencias a tus escritos o dichos literalmente, y siempre con la intención de transmitirlos tal como los he vivenciado al tomar contacto con ellos.

Ahora no soy capaz de precisar cuales son las palabras mías que puse para unir o glosar las tuyas... que con frecuencia transcribo. Por fortuna, un medio hay para hacerlo, quizá haya conceptos o modos de decir que no reconozcas como propios... o que acaso repudies: esos son los que yo he puesto.

El autor

Contenido

Presentación	17
Autosuficiencia y Amabilidad.....	19
1. Espíritu Arisco	19
2. Espíritu de servicio	21
Envidia y Amor	24
3. Envidia y espíritu de comparación	24
4. Envidia y admiración	26
5. Envidia y tristeza.....	28
6. Envidia y espíritu burlesco.....	30
7. Envidia y odio.....	30
8. Envidia y desobediencia.....	31
9. Envidia y cizaña	32
10. Envidia y prejuicios.....	34
11. Envidia y formación del corazón	37
12. Envidia: Las crisis de los «treinta» y de los «cuarenta».....	38
Soberbia y formación del temperamento	40
13. Temperamento y carácter.....	40
14. Temperamento y terrorismo doméstico.....	42
15. Vanidad y vestimenta	43
16. Temperamento y coherencia	46
17. Temperamento e indiferencia.....	47
18. Temperamento y rigidez.....	48
19. Rigidez y ajedrez.....	50

Soberbia y timidez.....	53
20. Timidez y pecado	53
21. Timidez y sumisión	54
22. Timidez y cobardía	55
23. Timidez e irresponsabilidad.....	56
24. Timidez y juicios críticos	58
25. Timidez y acepción de personas	58
Soberbia y tristeza	60
26. Tristeza y aceptación de la realidad	60
27. Tristeza y susceptibilidad.....	62
28. Tristeza y rencor	64
29. Tristeza y mediocridad	66
30. Tristeza y apatía.....	67
31. Tristeza y conversión	68
Humildad y paciencia.....	70
32. Paciencia y ejemplaridad.....	70
33. Paciencia y olvido de sí.....	71
34. Paciencia y defectos perpetuos.....	72
35. Paciencia y fidelidad matrimonial.....	74
36. Paciencia y resultados.....	76
37. Paciencia y diferencias temperamentales	78
38. Paciencia y cosmología.....	79
39. Paciencia y autoconocimiento	80
Humildad y alegría	82
40. Alegría y oración.....	82

41. Alegría y conciencia de la gracia.....	83
42. Alegría fisiológica y alegría cristiana.....	85
43. Alegría y exultación.....	85
44. Alegría y espíritu quejumbroso	88
45. Alegría y patriotismo	89
46. Alegría y nacionalismo.....	90
47. Alegría y cruces.....	92
48. Alegría y visión optimista.....	94
49. Alegría y sonrisas.....	95
50. Sembradores de paz y de alegría	96
51. Alegría y buen humor	96
52. La alegría de saber reírse de uno mismo	98
53. Alegría climatológica	98
Humildad y rectitud de intención	100
54. Rectitud de intención y sencillez	100
55. Rectitud de intención y vanagloria.....	102
56. Rectitud de intención y «egolatría»	103
57. Rectitud de intención parcial	105
58. Rectitud de intención y apostolado	107
59. Rectitud de intención y noviazgo	108
60. Rectitud de intención y autoengaños	111
61. Rectitud de intención y examen de conciencia.....	112
62. Rectitud de intención y aprovechamiento del tiempo ..	113
Humildad y trabajo	116
63. Trabajo y activismo	116

64. Trabajo: éxitos y méritos	118
65. Trabajo y gloria de Dios.....	120
66. Trabajo bien hecho.....	123
67. Trabajo y amor	124
68. ¿Es trabajo el trabajo del hogar?.....	126
69. Trabajo e improvisación.....	129
70. Trabajo y diligencia	131
71. El «ring» del amor	131
72. La ilusión profesional	134
73. Trabajo y... ¡no tengo!	135
74. Trabajo y puntualidad	136
75. Trabajo y aprovechamiento del tiempo.....	137
76. Trabajo y generaciones futuras.....	138
77. Trabajo y ecología	139
78. Trabajo y longanimidad	141
79. Trabajo y descubrimientos científicos.....	142
El tesoro de las humillaciones	144
80. El valor de las humillaciones	144
81. Las humillaciones y Jesucristo	148
82. Las humillaciones optativas y las inexorables.....	150
83. Las humillaciones «de siempre»	152
84. Las humillaciones colectivas	154
85. Gloriarnos en las humillaciones.....	154
86. Humillaciones y venganza	156
87. La humillación de la «soltería»	158

88. La humillación de la desocupación laboral.....	159
89. Las humillaciones intelectuales	161
90. La humillación de tener que disculparnos	161
91. El itinerario de las humillaciones	162
92. Conclusión el tesoro de las humillaciones	163
Amor y caridad.....	164
93. El amor y sus grados	164
94. Cuatro historias de amor	167
95. Amor y cordialidad	169
96. Amar incondicionalmente	172
97. Amor y responsabilidad	173
98. Caridad y fidelidad a la vocación	176
99. Caridad y unidad	178
100. Caridad y agradecimiento	179
101. Caridad y petición de perdón	181
102. Caridad sin reciprocidad.....	182
103. Caridad sin límites.....	182
104. Caridad y perdonar bien	184
105. Caridad de perdonar velozmente.....	185
106. Perdonar lo imperdonable	187
107. Caridad y puentes de comunicación	188
108. Caridad y conversación	189
Amor de Dios y filiación divina	191
109. Primer axioma: el amor de Dios es paternal.....	191
110. Segundo axioma: su amor es responsable.....	193

111. Tercer axioma: su amor es irrevocable	195
112. Cuarto axioma: el «ser» sobre el «hacer»	196
113. Filiación divina y misericordia.....	201
114. Filiación divina y conciencia de la gracia	202
115. Filiación divina y dignidad humana	203
La familia y los grados de intimidad.....	206
116. Primer grado: intimidad personal	206
117. Segundo grado: intimidad matrimonial.....	208
118. Tercer grado: intimidad con cada hijo.....	211
119. Cuarto grado: intimidad familiar	213
120. Respetar todos los pasos de la intimidad	213
Humildad y castidad.....	215
121. Enamorarse (en-amor-darse).....	215
122. Castidad y opciones definitivas.....	218
123. Admiración y enamoramiento	221
124. Aridez en el amor matrimonial	222
125. Humildad y castidad conyugal	224
126. Las adicciones afectivas.....	225
127. El único camino de la castidad. La santidad	227
Amor y educación de los hijos.....	230
128. Autodominio y educación	230
129. Autobiografías y biografías	231
130. Educación y libertad	235
131. Educación y obediencia	239
132. Relativismo y fundamentalismo.....	241

133. La ley del Señor es perfecta.....	242
134. La ley del hombre es imperfecta.....	245
135. Relativismo y flexibilidad.....	247
136. Fundamentalismo y rigidez.....	248
137. Legislación doméstica e improvisación.....	249
138. El cóctel del relativismo y el fundamentalismo	250
139. Padres exigentes y padres exagerados.....	251
Humildad y comunión de los santos	253
140. «Creo en la comunión de los santos»	253
141. Comunión de los santos y distancias geográficas	255
142. Comunión de los santos y grados de intensidad.....	256
Humildad y desubicaciones	258
143. Jesucristo centro del cosmos y de la historia	258
144. «Desubicación» e incoherencia cívica	260
145. «Desubicación» y autoritarismo doméstico	262
146. «Desubicación» y olvido de Dios	264
147. «Desubicación» y vanagloria.....	265
148. «Desubicación» y límites psicofísicos	267
149. «Desubicación» y autosuficiencia.....	268
150. «Ubicación» y omnipotencia divina	270
151. «Ubicación» y fe en Dios.....	271
Humildad y esperanza.....	273
152. Esperanza teologal y esperanza humana.....	273
153. Esperanza y sociedad de consumo	276
154. Esperanza y cruces.....	277

Humildad y tentaciones	281
155. Subestimación de las tentaciones.....	281
156. El peligroso diálogo con las tentaciones	282
157. Saber desconfiar de uno mismo	285
158. La tentación de «estar al día».....	286
159. ¡Tierra a la vista!.....	288
160. Sobre el mejor modo de guardar un secreto	288
Humildad y cosas pequeñas	291
161. Las cosas pequeñas y el juicio universal	291
162. La proyección escatológica de las cosas pequeñas	293
163. La nostalgia del presente	295
164. ¿Pecados de poca importancia?.....	297
165. Visión sobrenatural y cosas pequeñas.....	298
166. Apostolado y cosas pequeñas.....	299
167. Juicio universal y serenidad de conciencia.....	302
168. La responsabilidad ante lo pequeño	305
169. Las mentiras de importancia desconocida	306
170. ¿Verdades ocultas?	307
171. La conciencia plena de la verdad.....	309
172. Juicio universal y factor sorpresa	310
173. Juicio universal y espíritu de «admiración».....	312
174. Juicio universal y espíritu de «asombro».....	312
175. Juicio universal y apariencias	314
Humildad y dirección espiritual	316
176. Sentido de la dirección espiritual.....	316

177. Sinceridad y dirección espiritual	317
178. Responsabilidad personal y dirección espiritual	318
179. Prudencia y dirección espiritual	319
180. Perspectiva de la vida y dirección espiritual	320
181. Dirección, guía y acompañamiento	321
182. La dirección espiritual de personas misteriosas	323
183. Humildad y franqueza expiativa	324
184. Elección de un director espiritual	324
185. El «hecho» de la dirección espiritual	327
186. La vergüenza en la dirección espiritual	327
187. La dirección espiritual aparente	330
188. Obediencia y docilidad en la dirección espiritual	331
189. Humildad para que nos puedan decir las cosas	332
190. Enojos con uno mismo y dirección espiritual	333
191. La humildad como anestesia de la sinceridad	335
192. Pautas de humildad en un director espiritual.....	336
Anexo I. A los compañeros del colegio.	339
193. Antecedentes.....	339
194. La homilía que no fue	340
Anexo II. A los familiares y amigos	346
195. Santidad personal y apostolado	346
196. Los grados de alegría celestial	348
197. El Cielo: una fiesta sorpresa.....	351
Anexo III. Entrevista al autor	354

Presentación

«La religión responde a la triple pregunta del cuadro de Gauguin: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?»¹

En el medioevo los cristianos tenían afición por *La leyenda dorada*,² libro que recopilaba vidas de santos entremezclando hechos verdaderos con otros legendarios, pero sin precisar cuáles eran verdaderos y cuáles legendarios, por lo que el discernimiento quedaba librado a la capacidad crítica del lector; y debo advertirte que algo parecido sucede con estas páginas repletas de anécdotas e ideas recogidas de homilías, conferencias, pláticas, libros y revistas... pues al igual que en *La leyenda dorada*, aquí también conviven realidad y ficción, y, como los años borraron de mi memoria la distinción entre lo real y lo ficticio, la veracidad de los episodios que se narren estará sujeta al juicio de tu sentido común.

Por otra parte, no puedo presentarte estas líneas sin referirme a los amigos de la ciudad de Mendoza, sitio donde desarrollé mi actividad sacerdotal a lo largo de diez años. Fue un 3 de marzo de 1994 cuando llegué a esas tierras próximas al cerro Aconcagua (7.021 metros), marco geográfico que dio origen a estas páginas. Aquella mañana, en el vehículo que me llevaba a destino, comencé a dialogar con el pasajero que iba a mi lado:

—¿Cómo es Mendoza? ¿Cómo son los mendocinos? ¿Cuáles son sus virtudes?

—Los mendocinos tienen dos virtudes: el trabajo y la humildad.

—¿Por qué el trabajo? —pregunté.

—Porque antes de que llegase el mendocino a este oasis, la zona era desértica; y todos los maravillosos árboles, viñas y vegetación que deleitan nuestros ojos no son fruto de la Naturaleza sino del trabajo del hombre: el mendocino fue quien plantó este jardín, y se conserva porque el mendocino lo riega cada día.

1 André Frossard.

2 Legenda aurea.

—¿Y por qué humildes?

—Porque viven junto a la Cordillera de los Andes, y la Cordillera los «ubica».

Con el tiempo constaté estas dos virtudes mendocinas, especialmente la segunda: la humildad. Yo había sido educado en el edificio de una ciudad de llanura (Rosario) y desde pequeño contemplé con «altanería»³ la ciudad a mis pies. Y al venir a Mendoza, ciudad enclavada en zona sísmica carente de elevados edificios, mis ojos se estremecieron ante los cerros monumentales y «altaneros» que me traían a la memoria el salmo:

*Al ver el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, ¡qué es el hombre para que te acuerdes de él!*⁴

En Mendoza descubrí dimensiones de mi vida que detentan rasgos esenciales a toda falta de humildad: la «desubicación» sobre quién soy, mi origen y fin; y la desubicación de pretender desplazar a Jesucristo de su lugar como «centro del cosmos y de la historia».⁵ De modo que a Mendoza y a los mendocinos los tengo presentes por tantas lecciones que me brindaron a lo largo de una década, y al presentar estas páginas los saludo recordándolos con afecto.

3 Mirar desde lo «alto».

4 Salmo 8. Al respecto decía Juan Pablo II, con motivo de un día de descanso, caminando por los Alpes: «La grandiosidad de estas montañas, en medio de una belleza estupenda, nos lleva a pensar en Dios. En el silencio inmenso de la montaña, ante la imponente majestad de los valles que poco a poco se suceden y se alzan hasta picos aéreos y solitarios... el hombre se siente pequeño, humilde, bueno, se capacita para valorarse como realmente es, una criatura minúscula ante la Omnipotencia de Dios» (21-VIII-1994).

5 Expresión de Juan Pablo II que designa el lugar que corresponde a Cristo en relación a la Creación.

Autosuficiencia y Amabilidad

1. Espíritu Arisco

«¡Hágaselo usted mismo... no espere que alguien se lo haga!»⁶

En la Última Cena, cuando Jesús intentó lavarle los pies a Pedro, el príncipe de los apóstoles reaccionó de modo arisco: *Tú jamás me lavarás a mí los pies;*⁷ y ante la respuesta del Señor: *Si no te los lavare no tendrás parte conmigo,*⁸ es decir, no entrarás al Cielo, Pedro se asustó y rectificó: *¡Señor, entonces no sólo los pies, también las manos y la cabeza!*⁹ Como verás, en la Última Cena el Señor instituyó la reprobación definitiva del espíritu arisco y autosuficiente, y Pedro acató tal precepto.

La lección del Maestro a Pedro recuerda que el hombre fue creado con una naturaleza social y que es positivo aceptar la ayuda de los demás:

*No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una compañía apropiada.*¹⁰

Pero las enseñanzas de Jesús deben hacer frente a una gran dificultad actual: vivimos en un mundo inmerso en una contracultura que fomenta el espíritu autosuficiente e individualista, y que, en sus versiones más extremas, identifica el desarrollo de la propia personalidad con el logro de una plena independencia.

6 Cfr. Urbano, P., *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona, 1996, p. 147.

7 Juan 13, 8.

8 *Ibidem*

9 Juan 13, 9.

10 Génesis 2, 18.

En esta concepción anticristiana, «persona» es sólo quien puede autoabastecerse económica, cultural, afectiva y psicológicamente... visión negativa e inhumana que hoy causa continuos genocidios, porque en el campo de la ética se ha constituido en el fundamento de las corrientes «eugenésicas» que sólo consideran seres humanos a quienes se encuentran en situación «de absoluta independencia de los demás»;¹¹ es decir, posturas en que no son personas ni los minusválidos, ni los ancianos, ni menos aún los niños por nacer... Pero dejando a un lado estos extremos, quiero señalarte algunas repercusiones más simples –de la vida doméstica– que tiene el espíritu autosuficiente, y que son las que en este libro nos interesan.

Comenzaré diciéndote que la autosuficiencia se manifiesta en el espíritu «arisco» para recibir ayuda de los demás. Por ejemplo, de pequeño yo reaccionaba «ariscamente» al afecto de mi hermana mayor (Agueda), especialmente si, delante de visitas, sorpresivamente se abalanzaba sobre mí para darme un abrazo fraternal o un beso ruidoso. Aquello me molestaba sobremanera, y a punto tal de reaccionar a los «codazos». Y la causa del rechazo tenía su raíz en mi espíritu adolescente y orgulloso, pues aceptar en público con sonrisa complaciente aquello, implicaba dar a conocer un sentimiento tan vergonzoso como verdadero: «¡Yo necesito del afecto de ella!» Efectivamente, su cariño fraternal me agradaba, pero dar testimonio público de complacencia ante el mismo, era para mí una humillación imposible de vencer.

Este espíritu arisco al que hacemos mención es el que ha desgastado muchas vidas matrimoniales, especialmente aquellas en las que se ha tomado conciencia del problema cuando éste ya hizo «metástasis»; pues un día la mujer cae en la cuenta de que su marido se ha vuelto arisco al afecto (ni lo manifiesta ni lo acepta), y viceversa. El fenómeno es indudablemente muy curioso, porque al mismo tiempo en que un marido y su mujer son capaces de donarse recíprocamente un riñón (de ser necesario), sin embargo, se han vuelto extremadamente ariscos a la hora de aceptar el afecto; y si alguno le ofrece al otro un regalo, un abrazo, un beso, una invitación a pasear... «¡Prefiero subir el Aconcagua!» (piensa el marido),

«¡Y yo el Everest!» (razona su esposa); de modo que la «convivencia» se va transformando de a poco en una «coexistencia»:

11 Encíclica *Evangelium vitae*, 20.

un estar sin compartir, un reflejo fiel del slogan contemporáneo «¡Hágaselo usted mismo!», cuyo reverso lógico nos dice «¡No espere que alguien se lo haga!». ¹²

Ten presente que el matrimonio arisco, los hermanos ariscos, los compañeros de trabajo ariscos, los ciudadanos ariscos, los amigos ariscos... son antitestimonio de la amabilidad cristiana y el espíritu evangélico, de modo que si percibimos estos rasgos en nuestras vidas, debemos pedirle a Dios que nos ilumine y nos de fuerzas para sobreponernos.

Además, el espíritu arisco también genera impotencia para resolver los conflictos familiares sobre cimientos sólidos. Es el caso de la hija que discute fuertemente con su mamá por tonterías, motivo por el que ambas dejan de hablarse por semanas, y sin que ninguna «afloje» invitando a una disculpa recíproca. Pero cierta mañana, la madre (por su edad, menos arisca y más madura) por fin le dirige la palabra a su hija diciéndole: «¿Me alcanzas el café?», y cuando la otra lo hace vuelven a dialogar sin haberse solicitado perdón recíprocamente. Es decir, al pasárseles el enojo restablecieron el diálogo, pero cometiendo el habitual error de permitir que los conflictos queden resueltos por el paso del tiempo y no por la caridad explícita:

—¿Me disculpas? —dice la mamá...

—¡Por supuesto, pero si tú me perdonas a mí! —responde la hija.

2 Espíritu de servicio

«Hay quienes privan de la soledad sin hacer compañía» ¹³

Siendo estudiante viví en un Centro Universitario del Opus Dei que promovía la formación integral del comportamiento humano.

¹² Cfr. Urbano, P., op. cit., p. 147.

¹³ De un pensador contemporáneo.

Su comedor tenía una mesa con capacidad para una docena de comensales, y pese a la magnífica calidad de la comida, se sufrían pequeños contratiempos. Por ejemplo, para la sal había un sólo recipiente: no era «un» salero sino «el» salero, grande pero único, e impacientemente demandado. También era «única» la fuente de comidas: muy ambicionada y lenta en su llegar y volver desde los extremos. En aquella mesa, los lugares más desagradables, para los egoístas, eran los sitios apostados en el centro: lugar de paso de los diversos objetos; y para los ansiosos los extremos, donde la llegada de la fuente lejana exigía una espera eterna.

Un día se comenzó a filosofar sobre el modo de superar las molestias: tres fuentes más reducidas y accesibles, sugirió alguien; un salerito pequeño para cada uno, añadió otro... ¡Era la liberación! Pero hubo quien llamó la atención diciendo: «¿Y el espíritu de servicio que se promueve en esta institución educativa?». El interrogante era de interés, porque si cada uno tiene «su» salerito, o «su» pequeña fuente y jarra al alcance de las manos, ¿qué servicio podríamos prestarnos unos a otros?

Aunque no obstante la objeción se compraron fuentes pequeñas y saleritos en cantidad, aquel interrogante sigue siendo de interés, porque es un valor que padres e hijos, hermanos y hermanas, amigos... se manifiesten la necesidad de ayuda recíproca sirviéndose con detalles pequeños y cotidianos; ya que si toda la vida doméstica tiene como aspiración la comodidad, corremos el riesgo de que el «salerito individual» sea un criterio trasladable inconscientemente a todos los ámbitos de las relaciones humanas: cada uno con «su» televisor, «su» equipo de música, «su» auto... lo que nos llevaría a caer inconscientemente en el «¡Hágaselo usted mismo!», y su contrapartida doméstica «¡No espere que alguien se lo haga!»... Por eso, si en la vida cotidiana afloran diálogos de este tipo:

—¿Quieres que te ayude?

—¡No, prefiero hacerlo yo solo!, deberemos estar advertidos sobre la existencia de un peligro concreto: construir nuestras vidas con independencia de los demás, tendencia que desemboca en el egoísmo de quienes al «coexistir» con los de su casa, pero sin «convivir», se «privan de la soledad sin hacerse compañía».

Por lo dicho merecen una fuerte crítica aquellos papás que obstaculizan el espíritu participativo en el hogar generando hijos «sumisos» a fuerza de rechazar con malos modos el espíritu de

servicio;¹⁴ como el caso del niño pequeño que, en su afán de atender a los invitados, les acerca en sus frágiles manos una fuente repleta de copas de coñac –aún más endebles–; y su madre, al ver aquella peligrosa escena, gesticulando horror le dice con desagrado:

–¡Ni las toques, ni las mires... éstas las llevo yo... y nunca más se te ocurra trasladar estas copas!

Si las inquietudes infantiles de servicio, aunque sean peligrosas, en vez de ser valoradas y encauzadas, son reprimidas, el hogar tendrá hijos sumisos (distinto a obedientes u ordenados) e inhibidos para el espíritu de servicio: hijos que cuando maduren y pierdan el miedo a sus padres, no deberemos extrañarnos si hacen explotar con violencia todo lo que, a causa de la represión, los indigestó por años.

Pero no quisiera concluir este apartado sin advertirte sobre otro riesgo: si sentado a la mesa deseo beber agua, pero para hacerlo necesito solicitar la jarra distante, podría sobrevenirme la tentación de la autosuficiencia y aguantar la sed sin hacerlo, es decir, preferir la sed a pedir un favor, preferir morir deshidratado a manifestar la necesidad de ayuda... ¡No permitas que el paso de los años enfríe el amor! ¡Debemos ser humildes! ¡Hay que sobreponerse y saber manifestar sin miedos nuestra necesidad de ayuda!

14 Cfr. D. Ibáñez Langlois, *Sentido común y educación en la familia*, Santiago de Chile, 1992, p. 24.

Envidia y Amor

3. Envidia y espíritu de comparación

«Señal evidente de falta de humildad: pensar que lo que haces o dices está mejor hecho o dicho que lo de los demás»¹⁵

El «espíritu crítico», fruto inconfundible de la envidia, nos recuerda tanto al Nibo (pájaro legendario de la India que salía a volar y cantar los días de tormenta) como a las moscas que revolotean los lugares hediondos y repugnantes.

El espíritu crítico nos empuja a festejar el que a los demás les vaya mal, o a entristecernos de que prosperen, es decir, lo contrario al espíritu de admiración paulino:

Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran,¹⁶ pues la envidia actúa exactamente al revés: «¡Alegraos con los que lloran y llorad con los que se alegran!».

La envidia hace que un estudiante se alegre de que un compañero de estudios fracase en un examen, o que una chica experimente una especie de «patada en el hígado» porque su amiga ¡por fin! consiguió novio, o que el primo se goce si su tío (padre de su primo –compinche de aventuras– fracasó en los negocios, o que la hermana menor llore al ver los regalos y

15 San Josemaría Escrivá (cfr. *Surco*, Madrid, 1992, n° 263); considerando que citaremos con mucha frecuencia a San Josemaría Escrivá, de ahora en adelante lo haremos sólo con el título de la obra y el número del pensamiento correspondiente; las obras son las siguientes: *Camino* (Madrid, 1986), *Surco* (Madrid, 1992), *Forja* (Madrid, 1994), *Amigos de Dios* (Madrid, 1994), *Es Cristo que pasa* (Madrid, 2002), *Vía Crucis* (Madrid, 2002), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* (Madrid, 1988).

16 Romanos 12, 1

atenciones que le brindaron a la mayor, o que una mamá disfrute interiormente ante el fracaso académico del hijo de otra de las mamás del curso, o el párroco esté molesto por el hecho de que la parroquia vecina sea más pujante y concurrida, o que la cuñada se alegre de que su concuñada no se pueda quedar embarazada...

Por ejemplo, recuerdo que en la residencia universitaria citada había dos muchachos que estudiaban arquitectura e hicieron juntos sus estudios: brillantes notas y auténtico ejemplo de responsabilidad académica. Al llegar el último examen de la carrera, Gustavo aprueba y Federico es reprobado, de manera que uno es arquitecto y el otro sigue siendo estudiante de arquitectura. Pasan los años, y cuando ya los dos son arquitectos afamados, con años de ejercicio en la profesión, nos encontramos a tomar un café para rememorar viejos tiempos. De repente, el aplazado en aquel último examen, hace una confidencia amistosa que durante años llevó guardada con vergüenza:

—¿Sabes lo que pensé cuando, ya aplazado, escuchaba el examen de Gustavo?

—No, ¿qué pensaste?

—¡Ojalá que lo revienten... que le vaya mal... que siga siendo, como yo, un simple estudiante de arquitectura!

He aquí el espíritu de comparación transformado en río caudaloso que desemboca en la «catarata de la envidia». Cuando se consolida y arraiga en nosotros la comparación metódica (si soy más alto o más bajo, más bello o más feo, más inteligente o más tonto, si mi casa es mejor o peor, si mis padres tienen más estudios o menos, si mi marido gana más o menos dinero que los de mis amigas, si mis hijos sobresalen en la escuela o no, si estoy de novia o no, si soy más delgado o no tanto, si mi familia es presentable —como la de fulanita— o impresentable...), te advierto que es inminente la caída por la catarata de la envidia, por lo que te sugiero utilizar con fuerza los remos de la humildad y avanzar con energía contra la corriente malsana del «espíritu de comparación».

4. Envidia y admiración

«Teneos unos a otros por superiores»¹⁷

Para amar es necesario admirar, pero hay que distinguir la «admiración» del «asombro». «Asombro» se emparenta con «sombrió», «oscuro», «tenebroso» (el impacto emocional que sufren unos solitarios niños que atraviesan un cementerio campestre durante la noche). En cambio, «admiración» es vocablo que nos remite a lo «maravilloso», «luminoso», «admirable»; y mientras asombra lo negativo, lo positivo suscita admiración.

Por ejemplo, un párroco amigo que frecuentemente era invitado a los almuerzos dominicales de sus feligreses, me confiaba que cuando tenía que elogiar los manjares se enfrentaba con el dilema de qué hacer si la comida era desagradable: «Si felicito diciendo que me agradó, miento; y, si no lo hago, falto a la cortesía».

La solución la encontró en la teología angélica, que hace una distinción entre las obras de los ángeles buenos y las de los malos: los portentos angelicos buenos se denominan «milagros» y los diabólicos «prodigios», los milagros causan «admiración» y los prodigios «asombro», los milagros son «luminosos» y los prodigios «tenebrosos», los milagros son «admirables» y los prodigios «asombrosos»; y, conforme a esto, si la comida le complacía, felicitaba diciendo:

—¡Es usted una «admirable» cocinera! Y, por el contrario, si no le agradaba:

—¡Esta comida es «asombrosa»... usted, cocinando, es un auténtico «prodigio»!

Del mismo modo, si en la escuela parroquial una madre venía a preguntarle su opinión sobre el comportamiento del hijo (aplicación, estudio, disciplina...), cuando el alumno era responsable decía:

—Su hijo es «admirable».

Pero en caso de ser indisciplinado modificaba el juicio:

¹⁷ Filipenses 2, 3.

—Su hijo es un «prodigio», nos tiene a todos vivamente «asombrados». Del mismo modo en que se distingue la admiración y el asombro, también se distinguen la admiración de la envidia, pues la admiración es una envidia sana, y muy distinta a la envidia en su sentido propio (enfermedad del alma). Mientras la envidia encarna una actitud hipócrita en cuanto tributo que el vicio rinde a la virtud; la admiración —antítesis de la envidia— es una suerte de culto que la virtud le rinde a la misma virtud; y, por eso, cuando entre dos personas reina el espíritu de admiración recíproca, se disfruta de uno de los tesoros más agradables y evangélicos:

*Que os améis los unos a los otros.*¹⁸

La admiración recíproca (raíz que nutre toda verdadera amistad) es muralla poderosa que protege no sólo a las personas amigas, también a las familias y naciones que la practican. La admiración recíproca entre amigos (emulación) es de los mejores tesoros con los que Dios nos puede bendecir, pero necesita de la humildad. El émulo no actúa movido por el amor a sí mismo, él se alegra de todo bien (propio o ajeno), sabe compartir; pero el envidioso, al no alegrarse del bien ajeno, con dificultad consigue que los demás se alegren del suyo.

El émulo tiene el doble de alegrías (propias y ajenas), a diferencia del envidioso que no goza apropiadamente ni siquiera las suyas, puesto que carece de alguien con quien compartirlas (algo semejante a la experiencia que tenemos cuando vamos al cine solos). Ya lo decía sabiamente San Agustín:

*«Cada uno posee lo que no tiene en tanto es capaz de descubrirlo en otros y amarlo».*¹⁹

Los «émulos», al admirarse de modo objetivo, sano, legítimo y recíproco, se estimulan entre sí positivamente en los diversos ámbitos: deportivos, culturales, altruistas, empresariales, municipales, provinciales, nacionales... Los émulos, en cuanto almas gemelas, son un tesoro de Dios... ¡Y qué bueno sería conseguir dar con esa alma gemela que «se dice» que todos tenemos, y que, si aún no la hemos descubierto, tal vez esté escondida en algún rincón del planeta! Aunque no te extrañes que ese rincón te sea muy próximo, ya que como decía Chesterton:

18 Juan 13, 34: *...ut diligatis invicem.*

19 San Agustín.

«Si me preguntas: ¿por qué será que el Evangelio nos manda que amemos al prójimo y al enemigo?; te responderé: ¡Porque tal vez se trate de la misma persona!».

5. Envidia y tristeza

«¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!»²⁰

La envidia es un problema que alcanza ribetes personales, familiares, provinciales, nacionales e internacionales...; y no me atrevo a decirte que se trata también de un cuestión intergaláctica ya que no tengo certeza de la existencia de extraterrestres, aunque estoy convencido de que si tomásemos contacto con ellos les envidiaríamos, porque la envidia es un pecado capital y universal que hiere sin hacer distincos.

Por ejemplo, dice Weigel que para escribir su biografía de Juan Pablo II, entrevistó a muchos eclesiásticos vaticanos de alto rango, y a todos les formuló la siguiente pregunta:

—¿Cuál es a su juicio el peor pecado del clero católico romano?
La respuesta unánime eran dos palabras:

—¡La envidia!

Y pregunto: ¿no es esto repugnante?, ¿no es clamoroso que me alegre de que al párroco vecino sus feligreses no le concurran a los oficios litúrgicos?, ¿no es esto una suerte de anti-testimonio?, ¿no es penoso sentir satisfacción de que el trabajo sacerdotal de un hermano mío en Cristo fracase..? Pues bien, teniendo en cuenta los considerables daños que causa en las relaciones humanas la envidia, quisiera que nos abocásemos a reflexionar sobre la importancia de rechazarla, al menos si pretendemos ser personas que amamos de verdad; pero primero te pediría que prestes atención al siguiente pasaje evangélico que retrata este defecto de modo incomparable.

²⁰ Juan 5, 10.

*Había un hombre que padecía una enfermedad desde hacia treinta y ocho años; y, Jesús, al verlo tendido, sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? El enfermo contestó: Señor, no tengo un hombre que me ayude a introducirme en la piscina cuando se mueve el agua; y, mientras voy, desciende otro antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar; y, como aquel día era sábado, los judíos dijeron al que había sido curado: ¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!*²¹

Fíjate que aquel pobre paralítico llevaba enfermo treinta y ocho años. Además era muy conocido, pues siempre estaba junto a la fuente de los milagros. Y, apenas curado, aquellos judíos, en vez de mirar lo admirable del hecho, ponen su atención en lo presuntamente negativo: *¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!* A pesar de que estaban contemplando con sus propios ojos un milagro médico de calibre extraordinario: la curación de un paralítico que llevaba treinta y ocho años enfermo, en vez de acercarse al sanado para congratularse con él compartiendo su alegría, le demuestran desagrado denunciando lo que consideraban la transgresión de un precepto: *¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!*

Estos judíos se mueven por envidia y se limitan a observar lo malo, lo desagradable, lo negativo. En vez de mirar las piernas que caminan milagrosamente, centran su mirada en la mano que transporta aquella desvencijada camilla; y como personas aguafiestas e hígadostristes amonestan al ahora ex paralítico intentando amargarle el día más feliz de su existencia, por lo que

21 Juan 5, 1-10. Me permito transcribir el texto completo del pasaje, y, entre paréntesis, el versículo de la vulgata que fue excluido en la neovulgata: *Hay en Jerusalén junto a la puerta de las ovejas una piscina llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos. En ésta yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que aguardaban el movimiento del agua (pues un Ángel del Señor descendía de vez en cuando a la piscina y movía el agua, y el primero que se metía en la piscina después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese). Había un hombre que padecía una enfermedad desde hacia treinta y ocho años; y, Jesús, al verlo tendido, sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? El enfermo le contestó: Señor, no tengo un hombre que me ayude a introducirme en la piscina cuando se mueve el agua; y, mientras voy, desciende otro antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar; y como aquel día era sábado, los judíos dijeron al que había sido curado: ¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!*

aquel hombre que había soportado una vida desdichada ¡no podía festejar en paz su curación! Y te hago esta reflexión porque lo dicho constituye el típico ejemplo del lugar en donde desemboca la catarata de la envidia: la falta de caridad.

6. Envidia y espíritu burlesco

Una familia real europea visita América, y al concluir su gira una revista publica un número especial sobre aquellas jornadas. Todas las fotografías en las que aparecían los nobles eran imágenes donde sobresalían por sus poses y gestos ridículos. Pues bien, con la envidia sucede algo semejante, ya que como la condición humana es siempre una mezcla de «trigo y cizaña», mientras el amor y la admiración contemplan el trigo, la envidia rinde su culto de veneración a la cizaña.

La envidia nos enceguece e incapacita para captar lo bueno, positivo, verdadero... En cambio, el amor y la admiración nos guían por el camino opuesto, ayudándonos a descubrir con optimismo todo lo rescatable que hay en el mundo.

7. Envidia y odio

Tras la victoria de David sobre el gigante Goliat, el ejército judío, encabezado por Saúl, aplastó a los filisteos. Posteriormente, al regresar al campamento,

*las mujeres de todas las ciudades de Israel salían alegremente, danzando delante del rey Saúl con tímpanos y triángulos, y se alternaban cantando a coro.*²²

22 I Samuel 18, 6-7.

Pero Saúl sufrió un fuerte ataque de envidia con motivo de la letra del canto: ¡Saúl mató a mil, y David a diez mil!²³ Saúl se irritó mucho, pues pensaba: ¡Dan diez mil a David y a mí tan sólo mil!;²⁴ y dice la Biblia que,

*desde entonces, Saúl miraba a David con malos ojos [...] y desvariaba en medio de la casa. Así, mientras David [...] tañía el arpa, Saúl, que tenía la lanza en su mano, blandiéndola se la arrojó al tiempo que pensaba: Voy a clavar a David en la pared. Pero David esquivó el golpe en dos oportunidades.*²⁵

Las malas reacciones de nuestro temperamento, a veces, más que ser un atentado contra la caridad, son pura envidia, o, para ser más precisos, faltas de caridad originadas por explosiones de envidia. La envidia es fruto de vivir comparándonos con nuestros prójimos, especialmente en aquellos éxitos que, por comparación, ponen en peligro el propio prestigio. Y así como David era envidiado por Saúl en virtud de que tenía que compartir «desventajosamente» el canto femenino de alabanza triunfal, en la vida corriente un ingeniero puede estar molesto por el justo premio que le dieron a un compañero de oficina... o la mamá de un niño entristecerse porque el hijo de su amiga le ganó en el colegio «la bandera»...

8. Envidia y desobediencia

«El que roba para emborracharse no es ladrón sino borracho»²⁶

Entre los pares de una oficina alguien es ascendido a la condición de «jefe», lo que suscita la envidia de los colegas que

23 *Ibidem.*

24 I Samuel 18, 8.

25 I Samuel, 18, 9-11.

26 Aristóteles.

comienzan a recibir órdenes e indicaciones de quien hasta la anterior jornada era uno más entre ellos.

Este tipo de envidia suele generar resistencia para obedecer: trabajar con pereza o lentitud, «olvidarse» de lo que se pide, hacerlo de mala gana, o sencillamente desobedecer... Pero en estas desobediencias hay que distinguir el humo del fuego, porque así como se afirma que «el que roba para emborracharse no es ladrón sino borracho», tales desobediencias, más que pecados de desobediencia serán simplemente frutos de la envidia: desobediencias movilizadas por el vivir comparándose con los demás. Ya San Bernardo anticipó la importancia que tiene el velar para no vivir tan atentos a quién manda y quién obedece, al tiempo en que distinguía la obediencia en tres grados:

- Obediencia suficiente: someterse al superior y no imponerse al igual.
- Obediencia abundante: someterse al igual y no imponerse al inferior.
- Obediencia sobreabundante: someterse al inferior.

Lo expuesto espero que te sirva para darte cuenta de la importancia que tiene el sentido sobrenatural como fuerza espiritual que nos impulsa a no establecer comparaciones envidiosas, lo que contribuirá a que la obediencia sea interiormente libre, y, por ende, ajena a toda presión externa de tipo subjetiva y fundada en un enfermizo vivir «mirando a los lados».

9. Envidia y cizaña

«Las comparaciones entre hijos, si son positivas unen, si son negativas desunen»²⁷

«Hay grandes hombres que hacen a los demás sentirse pequeños, pero la verdadera grandeza consiste en hacer que

²⁷ D. Ibáñez Langlois, *op. cit.*, p. 32.

*todos se sientan grandes, porque cada uno está llamado a su propia grandeza, y ninguno llegó a ser grande imitando».*²⁸

La primera parte de esta afirmación de Dickens (hay grandes hombres que hacen a los demás sentirse pequeños), nos invita a considerar la necesidad de ser delicados y modestos al festejar los propios logros; e igual si se trata de alabar éxitos de alguien a quien los presentes le puedan tener envidia por alguna de sus cualidades.

Por ejemplo, si en un partido de fútbol el equipo logra una victoria laboriosa fundada en el esfuerzo colectivo y el director técnico sólo felicita a uno de los jugadores y guarda silencio sobre los méritos de los demás, no sería de extrañar que éstos quedasen heridos. Debemos ser cuidadosos para no sembrar cizaña haciendo acepción de personas con involuntaria ingenuidad.

Ten en cuenta que el mundo está lleno de sembradores de cizaña que, cual moscas que revuelan los lugares hediondos, son especialistas en detectar las miserias de los corazones humanos, para luego golpear la tecla de aquellos temas que suscitan envidias entre los participantes de una reunión.

Si los maestros le dicen a una mamá que, al no ser equitativa en el trato con sus hijos, uno de ellos sufre fuertes celos, y ella se defiende diciendo: «Pero si a nuestros hijos los queremos y tratamos a todos por igual», esta mamá tal vez no perciba que la vida familiar está cargada de diferencias sutiles: el tono de voz cuando se habla a uno o a otro, el interés o la atención que se concede a cada hijo, las comparaciones directas o veladas, los elogios o las reprobaciones, el modo de celebrar o de reñir, las miradas, los gestos, las demostraciones externas de cariño, el intervenir o dejar pasar hechos similares, las afinidades de carácter con alguno, las preferencias secretas e inconfesables... Estas y tantas otras diferencias sutiles o no tan sutiles, los hijos las perciben y en un momento dado las manifiestan, o subterráneamente o a través de conductas con las que llaman la atención. Hay que tener presente que las comparaciones entre hermanos, si se usan para constatar las semejanzas positivas, los hermanan, puesto que ambos resultan halagados cuando se dice que poseen una misma cualidad; pero

28 Charles Dickens, citado por K. Beistro, *Antología literaria*, Rosario, 1955, p. 33.

el que sale desfavorecido en cualquier comparación, se resiente como fruto de una cizaña tal vez sembrada con ingenuidad.²⁹

Pero también existe la cizaña deliberada, la cual está retratada en la parábola del hijo pródigo, donde uno de sus protagonistas secundarios encarna a la perfección el espíritu «cizañero». Me refiero al criado que asiste al hermano mayor. San Lucas dice que al regresar del campo, este hermano escuchó los coros que festejaban y envió a su criado para informarse de lo que sucedía, y, al volver, el criado dijo: *Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el becerro cebado;*³⁰ y en ese momento sí que explotaron en el hermano mayor el orgullo y la envidia, pues se *enojó y no quería entrar.*³¹ Entonces, el padre intentó convencerlo de que participe en los

festejos, pero no se nos dice si tuvo éxito; por eso, si sus tratativas fracasaron, mucho habrá tenido que ver el criado «cizañero», quien azuzó el orgullo del hermano mayor advirtiéndole que, no solamente había vuelto el hermano y lo estaban cortejando con una fiesta, sino que –¡por si fuera poco!– la fragancia de aquella carne asada e incitante no provenía de un becerro cualquiera, sino del mismísimo becerro cebado, y, por eso, gran parte de la queja del hijo mayor se centró en el animal sacrificado, pues a su padre le protestó envidiosamente: *nunca me diste un cabrito para festejar con mis amigos.*³²

10. Envidia y prejuicios

*«Superficialidad, desmitificación, adulación y prejuicio...
son primos hermanos»³³*

29 Cfr. D. Langlois Ibáñez, *op. cit.*, p. 47.

30 Lc. 15, 27.

31 Lc. 15, 28.

32 Lc. 15, 29.

33 Parafraseamos una de las sentencias de D. Langlois Ibáñez, *op. cit.*, p. 63.

La soberbia –dijimos– nos empuja a compararnos con los demás en los diversos ámbitos de la vida (profesión, estudios, familia...), espíritu de comparación que desemboca en la «catarata de la envidia». Y ahora quiero advertirte sobre algunos síntomas que te pueden servir para darte cuenta si el río de montaña por el que navegas con la canoa de tu vida es el mismo que desemboca en dicho precipicio acuático.

El primero al que quiero referirme es la «tendencia a desmitificar los méritos del prójimo»: restarle importancia a todo logro ajeno sobre actividades o circunstancias semejantes a las que desarrollamos nosotros. Esto se puede constatar si descubrimos que estamos predispuestos a decir de una misma persona que sus logros son sucesivos frutos de circunstancias coyunturales (¡pura suerte!). Cuando se experimenta este síntoma (la predisposición a la desmitificación metódica de alguien), ten presente que más que decir ¡pura suerte! deberíamos decir ¡pura envidia!

Sería una pena que vivamos «desmitificando» éxitos legítimamente conquistados, y entristeciéndonos por comparaciones que tienen como causa la hipnosis de éxitos ajenos que tal vez sí fueron casuales e injustificados, pues no te olvides que la soberbia también nos puede «azuzar» envidiando éxitos que, analizados detenidamente, sean simple consecuencia de una de las «tantas carambolas de la vida, o sea, logros que sólo con una abierta sonrisa pueden ser valorados: la sonrisa de la relatividad».³⁴

La soberbia, hábito negativo desvinculado de la verdad, tiende a que nos contristemos de éxitos que no tienen fundamento, y, contemporáneamente, a que promovamos el desprecio envidioso de otros que sí han sido meritorios. En cambio, la humildad, por «andar en verdad»,³⁵ distingue connaturalmente qué acciones deben ser desmitificadas y cuáles alabadas.

El segundo síntoma del que te quiero advertir es la combinación entre «superficialidad» y «prejuicio», es decir, la inadecuada buena o mala predisposición a juzgar sobre personas o hechos que no conocemos en profundidad. Pero antes de exponer esta cuestión debo advertirte que bajo el concepto de «superficial» incluyo a todos los que no tienen interés en conocer la verdad ¡ni aunque se les suplique de rodillas!

34 Pbro. Martín Descalzo.

35 Santa Teresa de Jesús, *Las moradas*, Madrid, 1955 (6, 10).

Dentro de los variados motivos que nos hacen ser superficiales, resplandece el cóctel entre «pereza» e «indiscreción». La pereza porque hay personas que son vagas para «analizar», ya que les cansa tener que decomponer las múltiples partes de un problema, y, por tanto, se precipitan a emitir juicios que son superficiales por falta de estudio de la cuestión. Y las «indiscretas», porque como les gusta opinar siempre, también lo hacen en temas que desconocen parcial o completamente.

El superficial, especialmente si es perezoso, procura respuestas «condensadas», dado que su desinterés hace que sólo tenga fuerzas intelectuales para prestar atención a las opiniones de los demás durante veinte segundos... y ante un tema complicado es incapaz de atender a la exposición sin aburrimientos ni apatías.

El superficial no quiere que le exijan remontarse, en los análisis, ni siquiera al día de ayer, porque eso le equivale a tener que viajar por el túnel del tiempo hasta el cuaternario.

El superficial no tiene hábitos analíticos, carencia que, por otra parte, es un problema mundial especialmente presente en los medios de comunicación social que manipulan las mentes superficiales llenándolas de prejuicios: valiéndose de encuestas «sintéticas» sobre temas complejísimo que exigirían un análisis detenido, o con programas de opinión en los que sabios e ignorantes son equiparados con la metodología de concederle a todos unos pocos segundos para exponer sus ideas, o con cualquier otro método que impida llegar a toda la verdad... Y además de ser un problema mundial, es un problema grave, porque un mundo superficial es un mundo lleno de prejuicios, o sea de personas muy sensibles a las primeras impresiones y modos de decir (cómo me saludaron, cómo me miraron, cómo fue la atención inicial dispensada, etc.). La persona profunda, en cambio, es analítica y paciente; sabe esperar, y nunca pierde de vista las cuestiones de fondo.

Por ejemplo, hay quienes al conocerlos por vez primera nos dejan como inicial impresión un aire de simpatía, pero con el correr del tiempo notamos que aquello había sido sólo un «lapsus virtuoso» en la vida de un soberbio egoísta; y, contrariamente, hay otros que en el primer momento transmiten una impresión negativa, y luego se nos revelan como personas maravillosas; y si a estos últimos, ya ganada la confianza y transcurrido el tiempo, les preguntásemos:

—Aquella primera vez que te ví, ¿por qué estabas tan apático?
—quizás nos respondan:

—Porque ese día me sucedieron tres cosas: me despidieron del trabajo, a mi mujer le detectaron un cáncer, y sufría un agudo dolor de muelas.

La humildad rechaza todo tipo de apariencias y visiones superficiales de los acontecimientos, y expresa la capacidad del espíritu humano para alcanzar la cruda verdad de los hechos. La humildad es condición inexorable de la grandeza de espíritu, pues permite valorar la realidad sin superficiales reduccionismos, y sin desmitificar, ni adular, ni prejuzgar por omitir los análisis necesarios.

Y para no incurrir en apreciaciones superficiales o prejuiciosas, ni desmitificaciones o adulaciones al valorar el esfuerzo ajeno, te sugiero tener presente la definición de «suerte» que daba Voltaire:

«La oportunidad que se presenta a quien se ha capacitado para aprovecharla».

Aceptando esta definición, te diré que si somos humildes estaremos instalados sobre el camino que nos permitirá distinguir claramente el «éxito» del «mérito», y, también, a saber diferenciar los éxitos fundados en una capacitación profunda de aquellos que se encuentran edificados sobre el frágil cimiento de la pereza.

Y quiero concluir este apartado haciéndote una sugerencia concreta: al encarar la batalla contra el superficial y sus prejuicios, no te olvides de pedirle a Dios que te arme de una gran paciencia, pues Albert Einstein decía que

«es más fácil destruir un átomo que un prejuicio».

11. Envidia y formación del corazón

En la envidia hay que distinguir la «tentación» y el «pecado», porque si bien puedo «sentir» envidia eso no equivale a «consentir» en ella. El pecado está en el consentimiento, no en el sentimiento. De todos modos, si bien las tentaciones de envidia no son equivalentes al pecado de envidia, dichas tentaciones, de ser frecuentes, serán síntoma de que tenemos un corazón envidioso. Por tanto, pidámosle a la Santísima Virgen que nos ayude a formar

nuestros corazones en orden a que sus hábitos nos impulsen hacia una vida recta propensa a la admiración, a la conmiseración del dolor ajeno y al amor.

12. Envidia: Las crisis de los «treinta» y de los «cuarenta»

«La crisis de los cuarenta nos hace mirar hacia atrás, y la de los treinta a los lados»

Jesús dijo que *quien pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios*; ³⁶ y aunque yo ahora no quiera introducirte en el análisis de la célebre cuestión sobre si «no ser apto» equivale a ser un «inepto», sí quiero decirte que cuando la envidia nos hace ineptos para la alegría, no es tanto porque nos esclavice de modo enfermizo con la tentación de mirar «hacia atrás», sino en cuanto nos empuja desmedidamente a vivir mirando a «los lados».

El siglo veinte hizo famosa la «crisis de los cuarenta», la que muchos vinculan a ese mirar «hacia atrás»; aunque hay quienes dicen que dicha crisis no se manifiesta en el mirar hacia atrás, sino en el hacerlo a los lados: el espíritu de comparación. Pero te propongo que consideres una tercera teoría espiritual: la crisis de los cuarenta es, ciertamente, un mirar hacia atrás, pero su origen es consecuencia de no haber sabido superar a los treinta la tentación frecuente de mirar a los lados. Más concretamente, la crisis de los cuarenta se originaría en un mirar hacia atrás comparativamente: un mirar hacia atrás que por un lado nos hace regodear en los éxitos alcanzados, y, por otro, sufrir cada vez que constatamos que nos es aplicable la frase de San Agustín:

«Hacía siempre lo que quería y siempre llegaba adonde no quería».

36 Lucas 9, 62.

Pidámosle a Dios mirar siempre para adelante en el camino que Él nos ha trazado, y hacerlo como esos atletas internacionales que pugnan por ganar la carrera de los cien metros llanos en las olimpiadas (jamás miran a los lados, porque hacerlo distrae y lleva a la derrota).

En la vida espiritual, la carrera hacia el Cielo exige de nuestra parte la misma actitud; no por nada Santa Teresa de Jesús les advertía enérgicamente a sus hermanas del convento:

*«En las tentaciones de pensamiento hemos de tener cuidado de aquellas comparaciones sobre quién es mayor. Hermanas, Dios nos libre por su Pasión de decir o pensar que "soy la más antigua dentro del convento", "que tengo más años", "que he trabajado más", o que "a otras que llevan menos tiempo las tratan mejor". A tales tentaciones hemos de rechazar con presteza».*³⁷

37 Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, Madrid, 1955 (12, 4).

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer la presentación y las dos primeras partes de *Amor, soberbia y humildad*, de Pedro José María Chiesa. El libro completo reúne casi doscientos apartados breves, con anécdotas e ideas surgidas de homilías, conferencias y pláticas de sus años de labor sacerdotal en Mendoza, para entender la soberbia y crecer en humildad y en amor.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/amor-soberbia-y-humildad

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Autosuficiencia y envidia.** El espíritu arisco, el espíritu de servicio y las formas de la envidia: comparación, tristeza, odio, cizaña y prejuicios.
- **Soberbia.** El temperamento y el carácter, la timidez y la tristeza, con sus consecuencias en la vida diaria.
- **Humildad.** La paciencia, la alegría, la rectitud de intención, el trabajo y el tesoro de las humillaciones.
- **Amor y vida cristiana.** La caridad, el amor de Dios y la filiación divina, la familia, la castidad, la educación de los hijos, la esperanza, las tentaciones y la dirección espiritual.

Con tres anexos, uno de ellos una entrevista al autor.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-41-2



Escanea para comprar